

primeros rayos del sol, pero no pudo, ¡cuántos años habían transcurrido! El bosque empezaba a despertarse. Los animales observaban a la madre de la heroína de las jóvenes doncellas, la traviesa Wewèöpö. La oscuridad era cada vez menos entre los árboles; ya no había que tener miedo, porque las falsas figuras humanas no eran más que árboles. Rëëa llegó al río más grande de cuantos jamás se habían visto por una persona, el más caudaloso de todos y al que no se puede cruzar cuando el dios Ebu'tyu se está lavando la cara, el río que arrastró a la esposa del gran pescador Ioppë. Y la madre de Wewèöpö cantó de esta manera:

E òmò è okò ré rië (Bis)

Y esta vez alguien le contestó:

À hëééé!

Y ella prosiguió.

A nà ó-té-èlò bòlaanè e ñó<sup>2</sup>

Y el dios Ebu'tyu contestó:

A kótra kótra ké bílâwéé<sup>3</sup>

Y la madre de la heroína de las concellas cantó de esta manera:

ö bolàm, ö bolàm  
ké ëëpöppö a bàbiila,  
ké ëëpaëppa è hMmotyió weeru  
è sittè sa bóbíobàttà bósso  
ö booba wí puulà li pupuuru pupuuru  
na ó-té-wèela.<sup>4</sup>

Y el dios Ebu'tyu contestó de esta manera:

a nà w-àjò ataaà ó ríé a Èökkö,  
wé ópèlaòé bëtyu'tyû lé bëtyepè'eenè  
à sèi hà'ààho<sup>5</sup>

Y la abnegada y resignada madre se dirigió al río del dios Eökkö y cantó, mas nadie le respondió. Insistió, pero cuando ya estaba cansada y desesperada de tanto cantar, escuchó una voz muy lejana, como si de una fiesta se tratase. Era una fiesta y muy grande, organizada por el dios Eökkö en honor a Wewèöpö. Y este dios, como avisado por

<sup>2</sup> ¿No has visto acaso a mi hija?

<sup>3</sup> ¿Y cómo se llama su hija?

<sup>4</sup> Mi hija, mi hija,  
la médula de las palmeras datileras,  
la planta y raíz que sostiene al bambú,  
el bastón del dios Riobàtta,  
la tierra de los vendavales y los truenos,  
¿no la habrá visto quizá?

<sup>5</sup> Ve al río del dios Eökkö, donde suenan las flautas y los cuernos.

otro poder más fuerte que el suyo, mandó callar a sus invitados en el momento justo, cuando la mujer empezó a cantar:

E ñmò è okö ré rië... (se repite la canción).

Y el dios Eökkö dijo:

a sèèi púlèèböö.<sup>6</sup>

Y misteriosamente, sin moverse siquiera, la mujer se halló ante mucha gente muy conocida y otra desconocida. Había mucha gente que había dejado la aldea hacía mucho tiempo y ya nadie les recordaba. Rëëa, la mujer resignada, narró su desgracia al dios Eökkö y éste, recordando su etapa de persona, invitó a Rëëa a descansar y reponer sus fuerzas después de tan largo trayecto. Después, cuando los invitados empezaron a marcharse, el dios Eökkö llamó a la mujer y le dijo: «Has venido desde muy lejos, porque así me lo ha dicho mi pariente el dios Ebu'tyu. Has venido a buscar a tu hija, lo sé. Pero ella pertenece a dos mundos, el vuestro que un día también fue mío, y el nuestro, el de los espíritus y dioses. Permanecerá con vosotros, porque así se decidió y así lo aprobó ella misma, la diosa Wewèöpö, la más grande entre todas las diosas mujeres. Ella es la diosa del cuerpo resbaladizo, la que se divide en dos al canto del pájaro, la que arrastra a las muchachas que viven sumisas, la hija de nuestro gran dios, jefe de todos nosotros, el dios Tyibba». Y el dios Eökkö habló a la madre de la diosa Wewèöpö. «Te entregaré una bola que deberás llevar contigo hasta tu casa. Una vez en ella, la sueltas y verás a tu hija.» Cuanto todos se retiraron, el dios Eökkö entregó un objeto a Rëëa, la madre de la diosa Wewèöpö. «Puedes marcharte», le dijo el dios Eökkö, y la mujer se encontró de nuevo en el mismo lugar antes de ver al dios Eökkö. Observó lo que tenía en la mano, y no recordaba por qué lo llevaba, pero no lo tiró. Rëëa iba muy deprisa; no prestaba atención ni a los pájaros que cantaban ni a los animales que se le acercaban. Tropezó y el objeto cayó. Wewèöpö salió corriendo por el bosque. La madre quiso ir tras ella, pero no pudo; sus piernas no podían. Ya no era tan joven. Volvió a su casa, triste. La gente preguntó y ella contó la historia de su desgracia. Todos se sintieron culpables de la desdicha de aquella familia desgarrada. Y la familia fue otra vez a ver al gran Velador y éste les dijo: «Antes de que lleguéis a vuestra casa, vuestra hija estará esperando». Y así fue. Púpuru y Rëëa encontraron la casa llena de gente. En el centro estaba Wewèöpö. La alegría fue grande y la vida siguió su curso normal.

Y llegó la época de la pesca, y la madre de Wewèöpö tenía que ir a la playa como todas las mujeres de su edad, porque la presencia de las mujeres mayores era indispensable para la ejecución de la ceremonia previa al inicio de la pesca. Y Wewèöpö se quedó con una vecina de su madre. Las doncellas y las mujeres llevaron sus enseres al río para lavarlos, como era costumbre. Y Wewèöpö acompañó a su reciente tutora. Y en el río se pusieron todas a lavar sus enseres. Desde la cima de un árbol un pájaro habló de esta manera: «Si yo fuera Wewèöpö me tiraría al agua y me partiría en dos trozos». Y Wewèöpö se tiró al agua y se partió en dos. Y las doncellas hicieron también lo mis-

<sup>6</sup> *Acêrquese.*

mo. Y ninguna volvió a salir. Las mujeres lloraron, pero sus lágrimas fueron inútiles. En la aldea todos lloraron al conocer la noticia y durante tres días tuvieron lugar los ritos fúnebres. Y así se cumplió lo que dijo el dios Eökkö. Ya nadie se acordaba de Wewèöpö ni de las demás doncellas. Los hombres lamentaban la pérdida de tantas hermosas doncellas que no llegarían a contraer matrimonio.

Pasó el tiempo. Uno de los ancianos de la aldea cogió su aro y se fue a la finca, porque quería hacer sangrar una palmera datilera que había no muy lejos del río donde vivían Wewèöpö y sus amigas. El anciano trepó a la palmera datilera. Desde lo alto de la palmera vio cómo surgían del fondo de las aguas muchas chicas con Wewèöpö al frente. Todas cantaban melancólicamente. Y así cantaron:

e Sièèba, E Sièèba  
 è se sé mpàssóbílàwààö  
 ö wéríbappwa,  
 è a Wèwèöpö;  
 mpéèbiilà tywèere,  
 mpéöölö t-ösó wakka  
 tywàbo t-ösèibó löbèlawéla rwa bèssö  
 tywè'a bàríríbo, iiô mhW, tywè'a bàríríbo<sup>7</sup>.

El anciano cortó un racimo de dátiles aún tiernos y al caer las chicas lo cogieron. Cuando el anciano bajó de la palmera datilera, las muchachas habían desaparecido. Corrió a contárselo a la gente de la aldea. Los demás ancianos se reunieron para visitar al gran Velador. Y éste les dijo: «Las muchachas están bien. Si queréis que vuelvan cada madre deberá ir allí, a ese río. Y cuando el anciano trepe a la palmera y salgan del agua las muchachas, cada madre deberá abrazar fuertemente a su hija. De esta manera, ninguna volverá al agua». Pero cuando llegó el día fijado para ir al río, la madre de Wewèöpö se había quedado sin pescado y sin pensarlo dos veces, prefirió ir a la playa. En su lugar pidió que fuera la misma mujer que acompañó a Wewèöpö la primera vez, cuando fue al río a lavar los enseres. Púpuru no podía intervenir, porque en cosas de mujeres está prohibido que los hombres participen. Y el anciano se subió a la palmera datilera, y las muchachas salieron del agua y cantaron. Las madres se abalanzaron sobre ellas bruscamente, excepto la señora que iba en lugar de la madre de Wewèöpö. Y Wewèöpö, al ver que nadie la agarraba, se tiró al agua y no volvió a salir. Las demás volvieron a la aldea y narraron el insólito hecho. Todos lamentaron la suerte de Wewèöpö. Las muchachas se casaron. Los padres de Wewèöpö envejecieron; de cuando en cuando iban al río, porque esperaban ver salir a su misteriosa hija, porque no sabían que ella era diosa, la más grande de las diosas. Los ancianos Púpuru y Rëëa siguieron amenizando las tardes de los demás niños. Así se dieron cuenta de que sus verdaderos hijos habían sido todos los que alguna vez se sentaron junto a la hoguera que ahora estaba encendi-

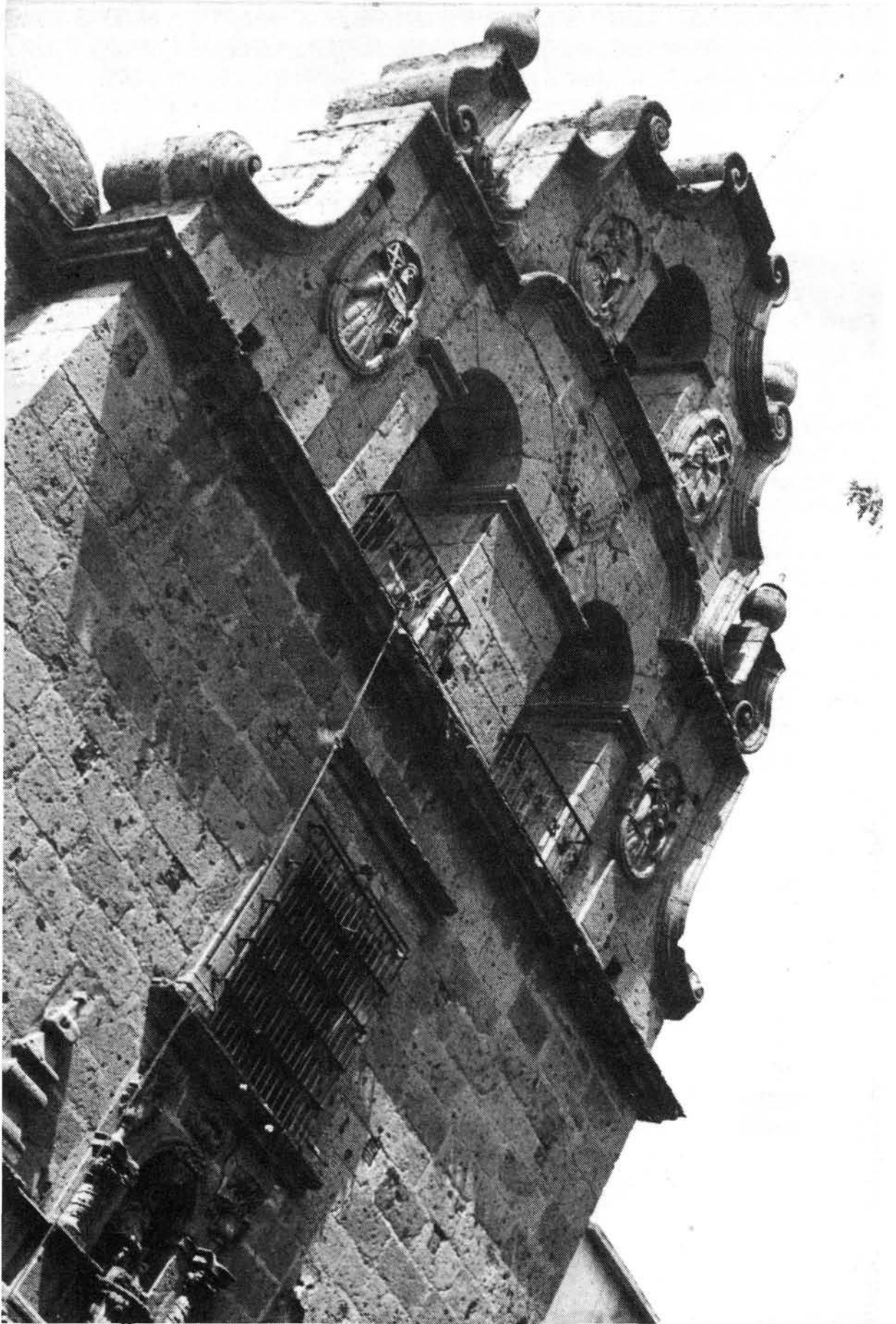
<sup>7</sup> Anciano Sieeba, anciano Sieeba,  
 Tú que trepas a nuestra palmera datilera,  
 La palmera datilera del arroyo de Wewèöpö.  
 Corta el dátil tierno para nosotras comer.  
 Corta el racimo para romper la nuez,  
 Nosotras que pertenecíamos al mundo de los vivos  
 pero que ahora somos espíritus.

da. La aldea creció, y hasta hoy se cuenta la leyenda de Wewèöpö. Por eso te lo cuento a ti, para que la conozcas, para que si algún día vas al río, recuerdes que hace mucho, muchísimo tiempo, una muchacha traviesa se tiró en él y no volvió a salir.

**Justo Bolekia Boleká**

## Bibliografía

- CHEVRIER, JACQUES: *Littérature nègre*. París, Armand Colin, 1984, 272 pp.
- KI-ZERBO, JOSEPH: *Histoire de l'Afrique noire. De los orígenes al siglo XIX*. Madrid, Alianza Universidad, 1980, 522 pp. Especialmente en: *Introducción (las tareas de la historia en África)*, pp. 14-18.
- OBENGA, THÉOPHILE: *Les Bantu: Langues, peuples, civilisations*. París, Présence Africaine, 1985, 376 pp.
- REY-HULMAN, DIANA: «Invitation au conte ou l'évolution du conte tyokossi», en *Langage et cultures africaines*. París, François Maspéro, 1977, pp. 151-184.



Iglesia de Aránzazu (Guadalajara, México)